

LA CONCEPTUALIZACIÓN ESPAÑOLA DEL PACÍFICO CONTEMPORÁNEO (SIGLOS XVIII-XIX)

Spanish concepts of the Pacific (18th and 19th centuries)

David Manzano Cosano,
Universidad Pablo de Olavide, España

Rainer Buschmann
Channel Island University, Estados Unidos

Resumen: En este artículo se estudia cómo conceptualizaron el Pacífico los españoles de los siglos XVIII y XIX. Para ello nos centraremos en analizar las fuentes generadas por su élite intelectual, dada su posición privilegiada para potenciar unos determinados estereotipos sobre el gran océano mundial. En dichos estereotipos se observa la influencia del pensamiento europeo, pero también la existencia de una serie de ideas propias del mundo hispánico.

Palabras clave: Pacífico, Oceanía hispana, relaciones interculturales, relaciones europeas, colonialismo.

Abstract: This article focuses on the Spanish visions of the Pacific in a transnational fashion. It provides an overview of these visions from the 18th century to the ultimate demise of the Spanish empire in the Pacific at the end of the 19th century.

Keywords: Pacific, spanish Oceania, international relationship, european relationship, colonialism.

1. Introducción

Oskar Spate dedicó tres volúmenes a analizar el proceso de integración del Pacífico en la mentalidad del individuo (Spate, 1979-1988); su conclusión fue que se trataba de un «artefacto europeo», dado el peso de la mentalidad de los individuos de este continente en su configuración (Spate, 1978). *The Spanish Lake* fue el título elegido para su primer volumen, cuyo impacto produjo la popularización de la expresión «lago español» entre los especialistas de la historia del Pacífico, pese a que el término había sido acuñado medio siglo antes por William Schurz para señalar la existencia de un contexto más imaginario que real de la hegemonía de la Corona de Castilla en el Pacífico de época moderna

(Schurz, 1922). Tanto Spate como Schurz entendieron que podía definirse de tal modo tras estudiar una serie de fuentes históricas que se caracterizaron por exaltar las miradas franco-británicas por ser determinantes en la configuración del pensamiento europeo respecto al Pacífico (Buschmann, 2014: I).

El objetivo principal de este artículo es conocer si las visiones creadas por los españoles de los siglos XVIII y XIX siguieron la influencia de las grandes potencias a la hora de caracterizar el gran océano mundial, o si, por el contrario, crearon una serie de estereotipos propios. Para ello estudiaremos las obras literarias creadas por su élite intelectual, dado su papel crucial para generar y potenciar una opinión mayoritaria entre sus compatriotas (como advierten las investigaciones de la superestructura marxista de Louis Althusser). Estas publicaciones literarias aumentarán cuantitativamente su número a medida que avance la edad contemporánea, si bien escasearán en algunos períodos. De ahí que no descartemos emplear otro tipo de fuentes (cartográficas, artísticas, diplomáticas, etc.) para conseguir el objetivo propuesto.

Las grandes transformaciones que protagoniza el sistema internacional a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, como consecuencia del triunfo de las revoluciones liberales, nos conducen a diferenciar estos dos siglos a la hora de describir nuestro objeto de estudio. La emancipación de las colonias americanas es clave en la transformación de la mentalidad española con respecto al Pacífico. Hasta ese momento, España se había esforzado por conceptualizar este gran océano como una extensión de sus colonias ultramarinas en América y Asia, y se había aliado con Portugal, que también asumió esta idea para proteger sus intereses imperiales. De este modo, en el siglo XVIII nos detendremos a analizar el papel de las Monarquías ibéricas, porque su tendencia conjunta es crucial para comprender el caso español. Y en el siglo XIX nos centraremos en el estudio de España, debido a que asumió una perspectiva más individualizada y generó un pensamiento más particular con el objetivo primordial de proteger sus dominios en la Oceanía hispana (Filipinas, Marianas y Carolinas).

2. El inicio de la contemporaneidad: la revalorización del Pacífico

El fin de la guerra de los Siete Años (1756-1763) transformó la lucha europea por el Pacífico, ante el interés de Francia y Reino Unido por expandirse por esta área (Hilton, 1987). El mundo hispano, para defender sus derechos históricos en *su* Pacífico, empleó la vía diplomática, aunque de forma implícita reconoció la falta de efectividad de los tratados de Tordesillas (1494), Zaragoza (1529) y Utrecht (1713), al no poder contener las expediciones científicas lideradas por la potencia británica, que hacían menguar su posición privilegiada en estas latitudes. Estas empresas marítimas, cuyo objetivo aparente era buscar el desarrollo de la razón, fueron políticamente instrumentalizadas, en el sentido de que consiguieron traspasar la tradicional área dominada por las Monarquías ibéricas, como lo plasma la expedición liderada por el capitán James Cook (Frost, 1988).

Para frenar la penetración de las potencias europeas por el Pacífico, España, al igual que Portugal, empleó dos estrategias que tenían como eje la interconexión del mar del Sur con la estructura del Imperio ultramarino, arguyendo que el territorio oceánico era una prolongación de sus colonias en América y Filipinas. Para ello, en primer lugar, se visualizó la red imperial como una telaraña que partía de la península ibérica y llegaba hasta sus colonias e incluía sus rutas marítimas (como era el caso de la ruta del Galeón de Manila). En segundo lugar, conceptualizaron históricamente la expansión franco-británica del siglo XVIII como una continuidad de la expansión ibérica del siglo XV. Por tanto no habría una ruptura y los derechos adquiridos por las monarquías ibéricas debían seguir siendo respetados.

El interés de las potencias emergentes por el Pacífico condujo a que se trastocasen las alianzas internacionales que se habían establecido en el siglo XVII, en las que España y Portugal solían distanciarse a la hora de enfrentarse a los conflictos globales. Igual tendencia protagonizaron franceses e ingleses, ya que compartieron una visión similar de este gran océano, pese a su hostilidad diplomática, y esgrimieron el argumento de que el gran océano mundial era un nuevo mundo por explorar y explotar (Frost, 1976). Por otro lado, la visión del Pacífico no siguió el pacto hispano-francés que se estrechó con la guerra de los Siete Años mediante la suscripción del III Pacto de Familia (1761) y la tradicional alianza luso-británica, que hunde sus raíces en el siglo XIV (Shaw, 1998). Por tanto, el Pacífico alteró el juego de las relaciones internacionales del siglo XVIII, ya que la forma en que fue conceptualizado acercó a las potencias rivales (a España con Portugal, y a Francia con Reino Unido) y distanció a las amigas (España frente a Francia, y Portugal frente a Reino Unido).

En el contraste de las visiones del Pacífico (franco-británica e ibérica) es clave el modo de entender el paso por el noroeste del continente austral. Esta área fue objeto de estudio del ilustrado francés Charles de Brosses y del geógrafo escocés Alexander Dalrymple, quienes influyeron en sus naciones para que se expandieran por este gran océano mundial tras la guerra de los Siete Años. Y estas lo hicieron en diferentes fases. La primera de ellas concluyó con el tercer viaje del capitán James Cook (1776-1779) y el proceso de independencia de las trece colonias británicas en América, que condujo al Reino Unido a fijar su mirada ultramarina en el oeste (como advierten la fundación de Nueva Gales del Sur en 1788 en la costa occidental australiana y la creación de los Estados Unidos, que creó nuevas rutas con China). El capitán Cook podría simbolizar aquella visión del Pacífico entendido en clave científica, donde las empresas náuticas llegaban a este océano para ampliar el material botánico, etnográfico y zoológico que permitiese el avance del conocimiento humano. Esta perspectiva, que empezó a flaquear tras refutarse las hipótesis que buscaban el continente imaginario con su segundo viaje (1772-1775), terminó de debilitarse con la muerte de Cook, que dio lugar a una segunda fase de expansión, en la cual se entiende el Pacífico como un *nuevo* océano que explotar de forma política y económica. Esta segunda fase concluye con el estallido de la Revolución francesa en 1789, cuando se desarrollaron los afamados viajes de Vancouver, La Pérouse y Malaspina. Por último, habrá una tercera fase tras las guerras napo-

leónicas, la cual se caracterizó por la inclusión de Rusia en la expansión. Este interés produjo que el Pacífico, a la altura de 1830, fuese una región ampliamente conocida (Iglér, 2013).

Quizá la mejor manifestación para observar el contraste de las visiones del Pacífico se halla en la expedición de Alejandro Malaspina (1789-1794), ya que la literatura inglesa la tilda como la reacción instintiva de España a las grandes epopeyas de Cook y La Pérouse (David, 2004),¹ mientras que la española la describe como la consecuencia de las reformas borbónicas del siglo XVIII (Pimentel, 1998). Esta expedición halla su precedente en el casi centenar de viajes que surcaron las colonias españolas en la segunda mitad de la citada centuria con objetivos botánicos, geográficos e hidrográficos (González-Ripoll, 1990; Martín-Meras, 2008; Bernabéu, 1988; González y Martín-Meras, 2003; Da Silva, 1978). Estos últimos, muy potenciados por el mundo americano como consecuencia de la búsqueda de lo que la historiadora Lauren Breton ha definido como la construcción de los pasillos judiciales en el mar («judiciary corridors») (Benton, 2010). Dichos pasillos pretendían la expansión jurídica de la metrópoli hasta las colonias y, por tanto, la transferencia de los derechos existentes en el Mediterráneo al Atlántico, de manera que la expedición Malaspina extendía estas conexiones hasta el Pacífico. Para su formación era necesario el uso de la historia del *descubrimiento* español, como muestran los escritos de los historiadores de la marina José de Vargas Ponce y Martín Fernández de Navarrete. Este último reduce el valor histórico de las expediciones extranjeras por el Pacífico por su falta de conexión con sus empresas coloniales:

Pues era muy singular, que mientras los gloriosos viajes de Cook, de la Perouse, de Malaspina, y otros marinos nos daban a conocer perfectamente las costas de Nueva Holanda, de las islas del Gran Océano, y de otras tierras tan distantes, estuviésemos careciendo de iguales noticias acerca de la isla de Chipre que tan cerca la tenemos, y de otros varios puntos del Archipiélago y del Mediterráneo (Fernández de Navarrete, 1848, I: 287).

El mundo ibérico mermaba el valor histórico de las expediciones franco-británicas, dado que su importancia estribaba en la búsqueda de una geografía quimérica, asumiendo que Cook y otros navegantes insignes habían alcanzado su fama más por lo que no encontró que por lo que sí halló (como muestra la refutación de la existencia del continente desconocido en el sur y el paso del noroeste). Las islas que localizaron para los diplomáticos, historiadores y otros intelectuales ibéricos no poseían un gran valor, ya que carecían de conexión con sus colonias. Por estos motivos, el ministro plenipotenciario portugués en la corte de Francia, don Vicente de Sousa Coutinho, se burló en su correspondencia con Lisboa de los descubrimientos de Bougainville en Tahití por sus exageraciones:

Al final esta expedición es tal vez tan misteriosa como la del Capitán Byron, imaginado cada uno las fabulas mas conformes al genio de estas dos naciones. Este [Byron] descubrió gigantes

1. Así se demuestra, por ejemplo, en la traducción inglesa de los diarios de Alejandro Malaspina.

en el País de los Patagones, aquél [Bougainville] localizó placeres y delicias más allá del Cabo de Hornos.²

En la misma sintonía se encuentran los escritos del que fuera diplomático español en la corte de Londres, Pedro Francisco Jiménez de Góngora y Luján, duque de Almodóvar (1727-1796), quien consideraba infructuosas e inútiles las empresas extranjeras en el Pacífico:

Es cosa bien digna de reflexión, que acreditados náuticos, geógrafos, astrónomos, filósofos, se empeñasen en inventar archipiélagos y mares en el continente americano, próximo al Polo Ártico; y que en los mares vecinos al Antártico quisiesen colocar Islas y continentes, que con tanta vehemencia se han buscado por más de dos siglos, y dado el nombre de Tierras Australes (Malo de Luque, 1788: 532).

Más mordaz aún fue la crítica del religioso manchego Pedro de Estala, quien exaltaba la depravación de los sentidos como la consecuencia más reseñable de estos viajes:

¿No ha visto Vmd. en sus viajes las islas encantadas de Juan Fernández, de Tinian, de Otañiti, que los viajeros nos han pintado como otros tantos paraísos de delicias? ¿Y qué son en efecto? Unas Islas más o menos amenas, y nada más. ¿Y diremos que los viajeros que las describen han mentido? No, señor: venían fatigados del uniforme y triste espectáculo, que por muchos meses de navegación les había presentado un mar tempestuoso: fatigados hasta el extremo, enfermos, falta de todo necesario para la vida, hubieran tenido por un paraíso el islote más escarpado y horrible. Pero llegan a unas islas cubiertas de árboles frondosos, de frutas, de hierbas saludables, de aguas cristalinas, con habitantes humanos y benéficos, que socorren todas sus necesidades: ¿qué extraño pues no encuentren expresiones para ponderar dignamente aquellos países, aunque nada tuviese de extraño, y que se les harían sumamente fastidiosos, si los encontrasen en otras circunstancias? Pues vea Vmd., aquí la verdadera causa de las ponderaciones de nuestros historiadores ... (Malo de Luque, 1788: 532)

En Portugal había también dudas sobre la importancia que tenían los proyectos exploradores del Pacífico. En un documento anónimo inédito escrito en la década de 1760, su autor se preguntaba qué epopeya era más celebre, la de Vasco de Gama, quien descubrió el paso de la India en el siglo xv, o la de los navegantes del siglo xviii, quienes se empeñaban en encontrar quiméricas tierras australes.³ Para él la respuesta era clara, pues alababa las empresas que se desarrollaron a fines del siglo xv e inicios del siglo xvi que, a su juicio, posibilitarían más tarde las aventuras náuticas que se estaban emprendiendo en el siglo xviii.

2. Carta de Sousa Coutinho a Luis de Cunha del 27 de marzo de 1769, Archivo Nacional Torre do Tombo, MNE, caja 568.

3. «Propuesta de una conversación particular si fuera más digno de la reputación de héroe Don Vasco da Gama el descubridor de la India por el paso del Cabo de Buena Esperanza o sería el que va a descubrir las tierras australes», Archivo Nacional Torre do Tombo, Condes de Linhares Maço, 46, n.º 9, s.f. Documento anónimo destinado al gobernador de Angola, Francisco de Sousa Coutinho.

Pese al afán del mundo ibérico por defender su peso en las relaciones internacionales del Pacífico, en la Administración española no se advirtió un esfuerzo real por integrar a este gran océano en las estructuras internas de su Imperio de ultramar. Quizá el paso de Malaspina por la Oceanía y las labores de investigación ligadas a fundación del Archivo de Indias en 1785 fueron los actos más importantes que desde la Península se realizaron para defender la preponderancia española en el Pacífico. En dichas labores destacó el historiador Juan Bautista Muñoz, quien se empeñó en coleccionar todas las fuentes modernas relacionadas con este océano que se hallaban dispersas por las audiencias de Filipinas, Lima y Nueva España, lo cual ilustra que durante el siglo XVIII el Pacífico solo adquiriría importancia para el Gobierno español si se conectaba con sus colonias. Por otro lado, los españoles instrumentalizaron la historia para exaltar el papel de su nación ante los éxitos náuticos de las potencias europeas emergentes. En este sentido, Vargas Ponce y Fernández de Navarrete, al tiempo que coleccionaban una serie de documentos que formarían parte del patrimonio del nuevo museo naval, crearon una historia conmemorativa de la marina española, en la que ponían el acento en su larga tradición, sin la cual no se habrían producido los avances impulsados por las empresas náuticas de las potencias europeas del siglo XVIII (Buschmann y Gómez, 2015). En relación con el Pacífico, publicaron dos libros relativos al paso de Magallanes y a la costa noroeste americana (Vargas, 1788; Fernández, 1802). Estos podrían interpretarse como una nueva forma de describir el Pacífico, pues los escritos franco-británicos se centraban en describir la Oceanía del siglo XVIII, mientras que los españoles situaban estas expediciones en su contexto histórico, retrotrayéndose a los siglos pasados para poner en valor la marina hispana. En este ejercicio Fernández de Navarrete se ve influido por Alejandro Malaspina quien antes de zarpar de Cádiz se hace eco del último viaje de Magallanes en la Fragata de S.M. *Nuestra Señora de la Cabeza*; según advirtió Malaspina a uno de sus oficiales:

[...] la persona, que con tanta elocuencia, como crítica lo ha detallado, esto es, el Teniente de Fragata Don Josef Vargas Ponce, pues más bien, que otro alguno, ayúdenos a la recopilación de aquellos documentos antiguos que pueden ser del caso para nuestra comisión. No parezca a V.M. ofensivo este aviso, tal vez ya prevenido por su eficacia pues que es más bien un debido tributo de mi parte a la pluma de aquel oficial que una desconfianza de que algo se eche de menos en la comisión, puesta al cargo de V.M.⁴

La publicación de la expedición de Malaspina no se produjo por razones políticas; sin embargo, las ideas básicas del viajero indujeron a Fernández Navarrete a difundir una colección de fuentes primarias producidas entre 1492 y 1530, con las que trató de revalorizar la expansión española en los océanos Atlántico y Pacífico (Fernández de Navarrete, 1825-1837). Portugal realizó un trabajo histórico similar, auspiciado por la Academia de las Ciencias de Lisboa al imprimir otra edición de la expansión portuguesa de João Barros y Diogo do

4. Carta de Alejandro Malaspina a José Espinosa del 2 de enero de 1789, Archivo del Museo Naval (AMN), Ms. 426, documento 21, ff. 72v-73.

Couto de los siglos *xvi* y *xvii*: se crearon catorce volúmenes, que salieron a la luz entre los años 1778 y 1788, curiosamente en el mismo período en que se estaba produciendo la expansión franco-británica por el Pacífico (Barros y Couto, 1778-1788). El proyecto ibérico de enlazar este océano con sus colonias encontró un aliado internacional en la pluma de Alexander von Humboldt, quien en sus publicaciones resultantes de su viaje a América (1799-1804) vinculó el Pacífico con las exploraciones del continente americano. Las revoluciones americanas que vivió Humboldt alterarán por completo el mapa conceptual del Pacífico y las relaciones de los españoles del siglo *xix* con este océano (Buschmann, 2014: capítulo 6), quienes ya no podrán ligarlo a las colonias americanas, dado que estas adquirirán la independencia.

3. El arraigo de la sociedad hispana al «evaporizado lago español» en la primera mitad del siglo *xix*

La transformación del modelo colonial español en sus dominios del Pacífico será la seña de identidad de esta etapa, ya que la política hispana debió responder al cambio coyuntural del sistema internacional en la región provocado por tres factores principales: el avance de las potencias en la Oceanía por el éxito de la colonia británica asentada en Nueva Gales del Sur (1788), el desarrollo de los viajes de descubrimiento liderados por Francia y Reino Unido, y la llegada de los primeros misioneros a sus islas, con el arribo de la London Missionary Society a Tahití en 1797 (Quanchi y Robson, 2005: 184-185). Además, a comienzos del siglo *xix* España tuvo que enfrentarse con la emancipación de sus colonias americanas, fenómeno que consolidó el fin del monopolio comercial del Galeón de Manila (Bernabéu y Martínez, 2013; Pérez Lecha, 2014), cuyo tráfico condujo a Schurz a conceptualizar el Pacífico moderno como una especie de «lago español» (Schurz, 1922). Por tanto, las aguas de este *lago* simbólico se evaporaron con el comienzo de la contemporaneidad, porque España ya no será la única potencia que de forma regular asentó su poder por las aguas del gran océano mundial.

Pese a estos cambios, en la sociedad española de comienzos del siglo *xix* pervivió la tradicional idea del Pacífico conceptualizado bajo la preponderancia de las imágenes procedentes de la cuenca americana, aunque se hubiera consolidado el fenómeno emancipador americano. Esta conducta hunde sus raíces en la negativa de los intelectuales españoles a aceptar la independencia de América y en el escaso conocimiento que los mismos tenían de la realidad de las colonias situadas en la otra cuenca del Pacífico, en parte, por el trato secundario que Madrid dispensaba a las islas del poniente dentro de la estructura de la red imperial. Por ello, en el primer tercio del siglo *xix*, esta circunscripción seguía siendo considerada como una pieza más del engranaje colonial implementado en América, debido a que la sociedad metropolitana creó en su intelecto un mapa del Imperio español constituido por dos unidades organizadas jerárquicamente: en la superior se encontraría el territorio peninsular con sus islas adyacentes, y en un escalafón inferior, los dominios de ultramar, donde se atis-

ba un gran sesgo atlantista que provoca que la circunscripción filipina sea vista como una extensión de las colonias americanas. Esta homogenización de la realidad de las colonias se refleja en el proceso constitucional liberal que ayudó a desarrollar la nación imperial (Fradera, 2016), puesto que las únicas cartas magnas que, en toda la historia de España, dotaron a Filipinas de representación en las Cortes (Constitución de 1812 y el Estatuto Real de 1834) lo hicieron por el deseo de equiparar las Filipinas con América, sin atender a las especificidades (Manzano, 2016). Esta dependencia conceptual de Filipinas con América se observa muy nítidamente en el diario gubernamental de España, la *Gaceta de Madrid*, donde las escasas noticias relativas a las islas Filipinas de este período se insertaron dentro de la sección americana.⁵

Con el inicio de la etapa isabelina (1833-1868), la nación española comenzó a interiorizar el proceso emancipador americano al reconocer como Estados independientes a las Repúblicas latinoamericanas: México (1836), Ecuador (1840), Chile (1844), Venezuela (1845), etc. (Jover, 1976). Mas en la sociedad persistió el pensamiento generalizado de recuperar el poder en estos territorios una vez que la metrópoli resolviese sus problemas políticos internos, evidenciados por el desarrollo de las guerras carlistas. De ahí que en esta etapa se siga conceptualizando el Pacífico bajo el protagonismo del prisma americano. Sin embargo, la pervivencia de la circunscripción filipina en la estructura imperial motivará un incremento del interés de los españoles por su realidad, lo cual provocará la independencia conceptual de Filipinas con respecto a América, si bien las islas seguirán siendo dibujadas bajo los estereotipos de riqueza con los que la sociedad internacional describía el Pacífico (Matsuda, 2005). Dichas imágenes fueron alentadas por la creación de nuevos focos de poder en la Oceanía, los cuales acabaron interiorizados por la sociedad hispana; así lo muestran los escritos de la época de la *Gaceta de Madrid*, donde aparecen noticias provenientes de Australia, Owhihee (Hawái) y Otaiti (Tahití). Dado este creciente interés, se siguió con gran atención la muerte de los reyes de Hawái en la ciudad de Londres (1824),⁶ así como el enigmático viaje de La Pérouse,⁷ al estar rodeados del halo del romanticismo.

Así, los españoles de principios del siglo XIX comenzaron a familiarizarse con el nombre de estas regiones exóticas pero no indagaron en su verdadera realidad. Por su acusado desconocimiento hallaron dificultades para ubicar los nue-

5. *Gaceta de Madrid*, Archivo Histórico Provincial de Sevilla (AHPS), n.º 38, 11 de mayo de 1804, pág. 424; *Gaceta de Madrid*, AHPS, n.º 11, 7 de febrero de 1804, págs. 121-123. Trata a la Cochinchina dentro de la América española.

6. *Gaceta de Madrid*, AHPS, año 1824, tomo I, noticias de: 8 de junio (n.º 73, pág. 241), 10 de junio (n.º 74, pág. 293), 17 julio (n.º 90, pág. 362), 29 de julio (n.º 95, pág. 381) y 10 de agosto de 1824 (n.º 100, pág. 402).

7. *Gaceta de Madrid*, AHPS, noticias de: 8 de junio (n.º 73, pág. 241), 10 de junio (n.º 74, pág. 293), 17 julio (n.º 90, pág. 362), 29 de julio (n.º 95, pág. 381) y 10 de agosto de 1824 (n.º 100, pág. 402); 22 de octubre de 1825 (n.º 128, pág. 509); 21 de abril (n.º 48, pág. 189) y 24 abril de 1826 (n.º 49, pág. 194); 3 de julio (n.º 79, pág. 313) y 5 de julio de 1827 (n.º 80, pág. 319); 5 de abril (n.º 42, págs. 166-167) y 14 de octubre de 1828 (n.º 124, pág. 494); y 14 de febrero (n.º 20, págs. 78-79), 9 de abril (n.º 43, pág. 170) y 30 de abril de 1829 (n.º 52, págs. 206-207).

vos focos de poder oceánicos, como evidencia que se utilice Hawái como sinónimo de Tahití.⁸ No se advierte un afán por conocer sus fenómenos característicos ni tan siquiera en las Marianas, ocupadas efectivamente por España desde 1668 (Coello, 2013). Y aunque es cierto que la sociedad aumentó su preocupación por las colonias que aún mantenía en el Pacífico, estas fueron conceptualizadas con el absoluto protagonismo de Luzón, la isla que alberga la capital manileña. A medida que nos alejamos de dicha ínsula, la marginación fue más palpable, por lo que el área de influencia hispana en la Micronesia sufrió un auténtico olvido, no solo en el imaginario hispano, sino también desde el punto administrativo (así lo prueba que los gobernadores de Guam continuamente estuvieran quejándose de la falta de una embarcación propia para gestionar su colonia marítima).⁹

Pese al aumento de la preocupación de la metrópoli, la circunscripción filipina siguió siendo tratada por ella como una pieza secundaria dentro del Imperio ultramarino hasta la mitad del siglo XIX. Así lo ilustran diferentes fenómenos, como: su definición constitucional en el sistema jurídico español, donde se la margina, como al resto de las colonias de ultramar, de tener representación en Cortes (Constituciones de 1837 y 1845) (Celdrán, 1994); su olvido en los censos estatales, donde a diferencias de las colonias antillanas no existe ninguna entrada relativa a la circunscripción filipina, como se observa en el *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, de Sebastián Miñano (1826), el *Diccionario general de España e islas pertenecientes a ellas*, de Francisco Verdejo Páez (1827), y el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, de Pascual Madoz, cuyo título y portada advierten de su intención de incluir dentro de la estructura estatal a las colonias ultramarinas (incluidas incluso las islas Marianas), pero que, sin embargo, en su contenido no se describen a los territorios oceánicos; o bien las escasas obras literarias peninsulares dedicadas a las colonias más distantes del Imperio.

El análisis cuantitativo y cualitativo de estas obras pone de manifiesto el fenómeno ambivalente que observamos en esta época, es decir, cómo la circunscripción filipina va a perpetuar su marginación dentro de la estructura imperial, a la par que la ciudadanía comienza a dotarla de independencia conceptual con respecto a América. Este olvido se evidencia en el hecho de que solo hayamos podido localizar un único monográfico sobre estas islas que se publicó en la Península en los primeros años del siglo XIX: *Estado de las Filipinas en 1810*, del erudito Tomas Comyn. Es cierto que para estas fechas aparecen escritos dedicados a las Filipinas (por ejemplo, la imprenta real de Madrid publicó el diario de viaje de las goletas *Sutil y Mexicana*); sin embargo, ninguno de ellos es un examen en profundidad de la realidad filipina, característica que sí asumen Comyn y el conjunto de monográficos que comienzan a proliferar a partir del primer ter-

8. *Gaceta de Madrid*, AHPS, n.º 1172, 12 de febrero de 1838, pág. 1.

9. Informe de José Ganga Herrero al gobernador de Manila, National Archives of Philippine (NAP), Varias Provincias, Marianas, SDS 4339, 1821-1835, expediente 18, serie 97, 13 de octubre de 1824; NAP, Varias Provincias, Marianas, SDS 4334, 1791-1889, expediente 4, series 53-54. La documentación muestra que el gobierno de Manila aprueba en 1859 la compra de un buque para Marianas; sin embargo, la adquisición finalmente no se realizará por falta de recursos.

cio del siglo XIX, en los que la descripción de los fenómenos propios de las colonias más lejanas del Imperio español se entremezclaba con el pensamiento romántico de sus escritores. Por tanto, la obra de Comyn adquiere un gran valor histórico. Su autor dibuja el archipiélago muy fértil y rico en metales preciosos, entre los que destaca el oro (Comyn, 1820: capítulo II), por lo que asume la imagen europea de copiosidad que se le otorgaba al Pacífico, y de hecho cita a La Pérouse para exaltar las bondades de la colonia (Comyn, 1820: 132). Por ello, se desconsuela de la postración y marginación con la que la metrópoli la trata.

Precisamente, este olvido condujo al que fuera diputado electo por Filipinas Luis Prudencio Álvarez a publicar en 1842 *De las islas Filipinas: memoria* (Álvarez, 1842), dado su objetivo de influir en el conjunto de la población española en relación con la escasa relevancia que se otorgaba a esta circunscripción. Dicho olvido había comenzado a matizarse unos años antes con la aparición de *Los diez y seis meses de mando superior de Filipinas* (1839), del gobernador general ayacuchano Andrés García Cambas, quien despertó cierto interés de los peninsulares por sus colonias del Pacífico.¹⁰ Gracias a ello en el primer tercio del siglo XIX aumentaron los monográficos sobre este territorio con respecto a la época anterior, aunque continuaron siendo escasos, ya que hasta finales de la mencionada centuria el imaginario de la metrópoli no incrementó su preocupación por sus colonias del Pacífico. El *Informe sobre el Estado de las Filipinas en 1842*, del diplomático Sinibaldo de Mas (1848), y el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de las Islas Filipinas*, de los religiosos agustinos Manuel Buzeta y Felipe Bravo (1850), permitieron a ciertos intelectuales españoles tomar conciencia de las Filipinas e instalar en su pensamiento un conjunto de estereotipos sobre el área como la idea de riqueza o la misión paternalista de España en la región (al tener el objetivo de iluminar al indio fiel y acabar con la ferocidad de los idólatras que rechazan el cristianismo). Esta escasa hispanización del archipiélago fue denunciada desde Filipinas por el erudito Rafael Díaz Arenas, quien publicó *Memoria histórica y estadística de Filipinas y particularmente de la isla de Luzón* el mismo año que lo harán Buzeta y Bravo, en 1850. Siguiendo a Mas, Buzeta exalta la riqueza de los recursos de su suelo, otorgando un gran protagonismo al tabaco por los beneficios económicos que ofrece su estanco en Luzón (Buzeta y Bravo, 1850: 511), la escasa cualificación de los funcionarios, el valor comercial de la región y la importancia del religioso que ha iluminado con su fe al nativo (Buzeta y Bravo, 1850: 177). Las similitudes entre la obra de Mas y la de Buzeta y Bravo asentaron muchos de los estereotipos sobre las islas en los autores que en años venideros escribieron sobre las Filipinas y el conjunto de la Micronesia.

10. En 1869 el autor de *Apuntes interesantes sobre las Islas Filipinas* sostiene que la obra de Camba es el gran estímulo de esta inclinación.

4. La defensa de la Oceanía hispana en la segunda mitad del siglo XIX

Hasta mitad del siglo XIX la población española continuó percibiendo América como una zona de expansión del poder español. Bajo esta óptica se organizó la denominada comisión del Pacífico (1862-1866), cuyos miembros civiles fueron abandonados por la escuadra española de *Nuestra Señora del Triunfo* que los amparaban, al partir los militares a tomar las islas Chinchá, en 1864. La ocupación de este territorio peruano generó una serie de representaciones artísticas para ilustrar la denominada guerra del Pacífico, como es el caso de la portada de la pieza musical del afamado Francisco Asenjo Barberi *Himno a los héroes españoles del Pacífico*, creada por Sans Cabot. Este artista asume los tintes imperialistas de la nación española, al utilizar el simbolismo de una mujer que protege a un barco de la Armada que surca las aguas del Pacífico.¹¹ En la forma de representar España se puede atisbar la fortaleza con que este Estado era percibido por el conjunto de su población, que tenía asumido que la grandeza de su Imperio derrotaría a las jóvenes Repúblicas de Chile, Ecuador, Perú y Bolivia. Sin embargo, el conflicto finalizó sin gloria para ninguna de las partes con el Armisticio de Washington (1871), y la posterior firma de la paz entre España y los Estados implicados: Perú y Bolivia (1879), Chile (1883) y Ecuador (1885) (Rodríguez, 1999).

Esta contienda fue crucial para que la ciudadanía peninsular transformase su visión del mar del Sur, al asumir que su Estado no podía doblegar a sus excolonias. Por ello modificaron su tradicional idea del Pacífico y comenzaron a conceptualizarlo bajo el predominio de la fachada americana por encima de la otra cuenca, como indica el incremento del interés en Asia (Togores Sánchez, 1992) o la popularización del concepto de la Oceanía hispana, un término que advierte el esfuerzo de la sociedad española de asumir la nueva realidad que el sistema internacional estaba otorgando al gran océano mundial. No en vano el vocablo Oceanía se había difundido entre las grandes potencias por la influencia que ejercieron navegantes como el contralmirante galo Jules Sébastien César Dumont d'Urville (Rienzi, 1814), quien popularizó en una conferencia con fecha de 1832 los conceptos geográficos de Malasia, Melanesia, Polinesia y Micronesia (Dumont, 1832).¹² En un contexto donde los Estados *occidentales* asumen la colonización como elemento de fuerza internacional, la sociedad española se interesó por la realidad del área fronteriza de las Filipinas que llegaba a la Micronesia para desarrollar la idea imperial de su Estado. Así se autoconvencía de que su nación formaba parte del grupo de los grandes y consolidaba la idea de una España heroica que será decisiva para unir la amalgama social existente en dicho Estado (Álvarez Junco, 2001), por el peso de la autoconcepción que tiene los individuos de una nación en su configuración (Anderson, 1993: 17-25).

11. *Himno del Pacífico*, de Francisco Sans Cabot, Biblioteca Nacional de España (BNE), 1866.

12. Las tesis de J.R. Foster (quien navegará con el capitán Cook entre 1773-1775) y del magistrado ilustrado francés Charles de Brosses fueron cruciales para que D'Urville dividiese el Pacífico en diferentes partes atendiendo al criterio de la pigmentación de la piel de sus habitantes.

La población hispana comenzó a demandar a su Estado la ocupación efectiva del mar de Joló y la Micronesia para conservar los derechos históricos. Por este interés el tradicional olvido de las lindes de las fronteras oceánicas empezó a minimizarse y aparecieron obras dedicadas a este espacio, como lo muestra *Memoria descriptiva e histórica de las Marianas* (1875), del exgobernador de las Marianas Felipe de la Corte y Ruano Calderón. La isla de Guam copó el protagonismo de las descripciones de la Micronesia, al ser el epicentro político de la región, y se percibió en la metrópoli un interés por integrar explícitamente a los territorios de las Carolinas dentro de esta entidad política de las Marianas. Así se evidencia en la obra del jesuita Francisco Barrenera *Compendio de geografía de las islas Filipinas, Marianas y Joló* (1880) y en la del erudito Manuel Scheidnagel *Las colonias españolas de Asia. Islas Filipinas* (1880), donde describen las Palaos y las Carolinas como parte de la Corona aunque no las explotasen (Barranera, 1880: 77). Pese a este despertar de la preocupación por las islas más distantes del Imperio ultramarino, las obras literarias sobre estas latitudes no fueron muy abundantes. Se recordó la región para rememorar los viajes de los insignes marinos hispanos, la obra misional de Juan Antonio Cantova en las Carolinas del siglo XVIII, y el discurso estereotipado del pensamiento europeo, que provocaba que los españoles se vanagloriasen de conservar una serie de ínsulas exóticas en el seno del Pacífico, sin conocer la realidad de las mismas. Fueron dibujadas como una especie de territorio novelesco, y así lo prueba el éxito de la obra de Felipe del Pan relativa a la existencia de un tesoro escondido por el pirata Roberston en una de las islas de las Marianas (Pan, 1885), o el impacto que causó la historia del gaditano Antonio María Triay y Montero, quien fue nombrado jefe de Atewa en Palaos y se presentó en 1863 en la Corte de Isabel II con un niño de estas islas llamado Aulokopé, al que bautizaron con el nombre de Ignacio (Mellén, 1999).

Este cambio conceptual del Pacífico de la sociedad hispana de mediados del siglo XIX se refleja en el documento cartográfico más importante que la metrópoli española creó sobre la región: «Posesiones de Oceanía. Islas Marianas, Palaos y Carolinas», de Francisco Coello (1852). Ya en su título se aprecia que la sociedad española comenzó a asumir la categorización contemporánea de la Oceanía. Además, se plasma el desconocimiento de la región en los significativos errores cartográficos que contiene, los cuales estaban siendo corregidos gracias a los estudios que se estaban emprendiendo en el Depósito Hidrográfico (Manzano y Delgado, 2015). Pese a ello, nos hallamos ante un documento que supone un punto de inflexión en la mirada de la metrópoli española sobre sus olvidados dominios de la Micronesia, pues por primera vez en su historia colonial se crea un atlas con tintes políticos cercano a la realidad geográfica que integra todas las islas de la región y que es utilizado por la política exterior española para defender su legitimidad colonial en la zona ante el avance de otras potencias. Dada esta presión, el Gobierno español desarrolló en las chancillerías europeas un programa político basado en el uso de la diplomacia para hacer respetar sus derechos de descubrimiento, adquiridos con los viajes hispanos de época moderna. Este derecho fue el argumento principal al que apeló la diplomacia española cuando algún imperio pretendió asentarse en las islas fron-

terizas de la Oceanía hispana, como se deduce de la Real Orden de 17 de diciembre de 1845, la Real Orden de 17 de marzo de 1862 para la búsqueda de documentos relativos a Joló y Borneo,¹³ la Orden del Ministerio del Estado a Ultramar el 22 de noviembre de 1866 para «impedir las cesiones territoriales hechas al extranjero»,¹⁴ y el Real Decreto de 26 de febrero de 1867¹⁵ para frenar las colonias británicas en Borneo.¹⁶

Por prestigio internacional, la sociedad demandó la participación de España en la ocupación efectiva de la Oceanía, y en verano de 1885 se produjo el denominado conflicto de las Carolinas suscitado por la lucha de los ejecutivos hispano-germanos por colonizar las islas que hoy forman parte de los Estados Federados de Micronesia. La población española, al conocer el 4 de septiembre que los alemanes habían materializado su deseo de enarbolar su bandera en Yap, se manifestó por todo el territorio nacional demandando la guerra contra Alemania por usurpar su soberanía en estas ínsulas (Manzano, 2017; Elizalde, 1992). De este modo, las Carolinas se convirtieron en el pretexto para catalizar el ansia colonizador que se instaló en la sociedad española como consecuencia de la presión internacional. Estas islas prácticamente olvidadas se instalan en el imaginario colectivo y, dadas las lagunas de conocimiento sobre ellas, se multiplicaron las obras que intentaron responder al interrogante de qué es eso que llamaban las Carolinas. Estas producciones fueron instrumentalizadas para exaltar el discurso imperial y el orgullo patrio, y así lo evidencian también las creaciones artísticas de todo tipo que empezaron a aparecer: piezas teatrales como *Las Carolinas: juguete cómico en un acto y un verso*; composiciones musicales tales como *A las Carolinas*, de Enriqueta Ventura, *Las Carolinas*, de Florencio Lafita, y la tanda de valeses *Las Carolinas*, de Antonio Mateo; y obras literarias como *Nuestras colonias. Las Carolinas. Descripción Geográfica y estadística del archipiélago carolino*, de Escudé Bartolí; *El conflicto hispano-alemán* (anónima); *Historia del conflicto de las Carolinas*, de Enrique Taviel de Andrade, y *Las islas Carolinas y Marianas*, de Gualberto Gómez, entre otras. Gracias a ello, ese imaginario español que *descubre* a mediados del siglo XIX las Filipinas, a partir de 1885 hará lo propio con estos archipiélagos, como lo demuestran las siguientes palabras de Gualberto Gómez:

Tan escasa y pobre es la idea que ahí se tiene [Carolinas], que puede decirse sin exageración ninguna que la mayoría de los españoles ignoraban hasta hace pocos días que había por el mundo determinadas comarcas llamadas Carolinas, que dependía de la nacionalidad y soberanía española (Gómez, 1885: 4).

Este episodio activó en los intelectuales el deseo de conocer la realidad de los dominios filipinos, y dio lugar a la populosa celebración de la Exposición Uni-

13. Carta del archivero general de Indias del 8 de julio de 1862, Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHN), Ultramar 5352, caja 3, documento 1, n.º 17.

14. AHN, Ultramar, 5352, caja 2, documento 2, n.º 28.

15. Gaceta de Madrid, AHPS, n.º 59, del 28 de febrero de 1867, pág. 1.

16. Carta del Ministerio de Ultramar del 17 de enero de 1867, AHN, Ultramar, 5352, caja 2, documento 2, n. 29.

versal de Filipinas en 1887 (Sánchez, 2003; Blanco, 2012). Fruto de esta moda, a finales del siglo XIX se multiplicaron las obras dedicadas a la región, y el análisis del contenido de las mismas revela la existencia de dos visiones a la hora de caracterizar las colonias oceánicas: la de aquellos autores que, al calor de la defensa del colonialismo, alaban la riqueza de estas tierras para exaltar la fuerza del imperialismo español al dominar las mejores regiones del planeta; y la de quienes, desde un punto más realista, matizan el beneficio que España puede obtener por dichas islas. Esa visión contrapuesta no aparece de forma nítida porque ambas tendencias pueden presentarse en el mismo autor. Sin embargo, sí advertimos que la primera conducta de enaltecer la tierra colonial y hacer un dibujo idílico de la realidad suele caracterizar a todos aquellos autores que beben del panhispanismo del Imperio español, ante su deseo de defender la fuerza y el honor de su Estado en el sistema internacional, y esta tendencia se acusa entre aquellas personas que no han conocido *in situ* la Oceanía hispana. Ejemplo de esta corriente podrían ser las obras de Enrique Taviel de Andrade, quien, tras escribir su *Historia del conflicto de las Carolinas* (1886) para alabar la fuerza española y la función del papa en el arbitraje del Protocolo de Roma, que resuelve el conflicto de las Carolinas el 17 diciembre de 1885,¹⁷ publicará, un año más tarde, la *Historia de la exposición de las islas Filipinas en Madrid el año 1887 y un compendio de la historia de las Marianas, Carolinas, Filipinas y Palaos*. Este prisma siguió la dinámica que se instala en la sociedad hispánica de exagerar la repercusión que tendrá para las colonias la construcción del canal de Panamá de Ferdinand de Lesseps, que se inicia en la década de 1880 (Vicente y Sánchez, 1887-1888).

Por esta revalorización de la Oceanía, el Gobierno de Madrid promulgó la Real Orden de 18 de abril de 1887 para que las autoridades filipinas estudiaran la designación de un punto comercial en Manila con motivo de la apertura del istmo.¹⁸ Los informes de las instituciones manileñas echaron por tierra este proyecto al resaltar la mala condición de los puertos de las colonias y la deficiente posición geoestratégica para participar de los beneficios de la apertura del istmo americano. Pese a ello, se siguió defendiendo la pertinencia de desarrollar la colonización en las islas oceánicas para aprovecharse de sus beneficios, alentados por los cambios que se estaban produciendo en la estructura económica y política de las Filipinas tras el motín de Cavite (1872) y la caída de los precios internacionales del azúcar en la década de 1870 (Fradera, 2005). Esta tendencia procolonización se acusa en la Micronesia y así lo refleja el hecho de que Juan Álvarez Guerra publicase una segunda edición en 1887 de sus *Viajes por Filipinas: De Manila a Marianas* para transformar su parecer sobre el régimen comercial de las Marianas, pues pasa de restarle valor (1.ª edición) a enaltecerlo (2.ª edición) (Álvarez, 1887).

17. *Gaceta de Madrid*, AHPS, n.º 10, 10 de enero de 1886, págs. 77-78.

18. Mandato del Ministro de Ultramar a la Gobernación de Filipinas del 27 de mayo de 1887, NAP, Estado, Estados Unidos, SDS 12430, series 116-172.

Esta conducta de exagerar la repercusión en las colonias oceánicas de las obras en el istmo de Panamá se explica por la profunda asunción del pensamiento imperialista, que provoca que se recurra a aquellos factores estereotipados que son positivos para justificar el expansionismo español, sin analizar los mismos. Los que acogieron este pensamiento apelaron a ellos para presionar al Gobierno y justificar el desarrollo de una política colonial que consiguiese plasmar con su ejecución la fortaleza del Imperio español en el sistema internacional. Cuando, sin un estudio previo, el Ejecutivo madrileño implementaba la política expansiva que requerían estos sectores (que concebía la Oceanía como una especie de gran maná), se daba cuenta de las dificultades del terreno y de que esta política expansiva estaba abocada al fracaso. Sin embargo, la seguía desarrollando como consecuencia de la presión social, ya que se extendió entre la ciudadanía una especie de fiebre consumista del colonialismo al demandar la necesidad de dominar un nuevo territorio, sin saber verdaderamente qué estaba adquiriendo.

Por esta ignorancia a finales del siglo XIX se incrementó de forma considerable el número de obras que desde una posición más realista pretendían matizar esa visión idílica con la que se asociaba la Oceanía. Estos escritos a menudo estaban firmados por españoles que se habían trasladado a la colonia, quienes se lamentaban de la proyección de estas imágenes sesgadas, a la par que solían criticar al Gobierno por su nefasta política. En esta dirección se orienta la obra *El archipiélago filipino, y las islas Marianas, Carolinas y Palaos. Su historia, geografía y estadísticas*, del político José Montero Vidal, que podría considerarse el paradigma de esta tendencia. En esta línea se introdujeron muchos peninsulares que se trasladaron hasta Ponapé (capital de las Carolinas orientales) y observan como la colonia hispana en las Carolinas se reducía prácticamente a su campamento por la oposición de los indígenas influidos por los metodistas estadounidenses. De esta forma, algunos se mostraban favorables a abandonar este territorio carente de interés económico para la metrópoli. Así, asumían el pensamiento que ya defendió en 1888 Julián del Pozo y Brozo en la *Opinión de Manila* tras producirse la revuelta de Ponapé de 1887, donde abogaba por la salida de la isla dado el gran gasto para las arcas del Estado (unos 6 millones de reales al año), su lejanía de Manila, la falta de un control efectivo y la ausencia de un interés económico para España. Su tesis ganó fuerza entre algunos peninsulares, que fueron trasladados a las colonias en la década de 1890. Sin embargo, como consecuencia del gran desprestigio internacional que para España supondría el abandono de estas islas, algunos de los escasos peninsulares que eran conscientes de la debilidad hispana en la Micronesia se mostraban a favor de reducir al mínimo la ocupación efectiva.¹⁹ Bajo estos parámetros creció el desconsuelo que presentaron muchos intelectuales cuando estalló el conflicto de 1885, al observar que la población se había levantado por unas islas alejadas y sin gran interés para España, mientras que permaneció muda cuando se

19. *Memoria referente a las islas Carolinas redactada por un oficial del ejército que desempeñó una comisión de la misma*, BNE, Manila, 15 de enero de 1889.

cedieron los derechos coloniales en Borneo ese mismo año (Ferreiro, 1888; Coello, 1886; Blumentritt, 1886).

Sin embargo, el pensamiento utópico que exaltaba la riqueza de la Oceanía hispana dominó el pensamiento metropolitano, de ahí que perviviera hasta el final de la presencia española esa idea estereotipada de riqueza en las tierras limítrofes del Imperio ultramarino. Un Imperio que se resquebrajó como consecuencia de la guerra hispanoamericana de 1898 que llevará a España a vender a Alemania sus últimos territorios ultramarinos en la Micronesia en 1899, dado que ya no podía apelar al motor de su colonización: la apariencia de prestigio internacional que condicionó las manifestaciones populares de 1885 a favor de las Carolinas.

5. Conclusiones

El Pacífico se revalorizó en el siglo XVIII como resultado del deseo de las Monarquías europeas de extenderse por estas latitudes tras la conclusión de la guerra de los Siete Años (1756-1763). El mundo ibérico, para conservar su poder en *su lago español*, apeló a sus derechos históricos y pretendió anclar el Pacífico a sus posesiones en América mediante el tejido de una telaraña de expediciones hidrográficas que culminaron con Malaspina. Con similar objetivo, los historiadores peninsulares de esta época se esforzaron por interconectar las nuevas expediciones europeas por la Oceanía con los primeros viajes ibéricos. Empero, esas imágenes del Pacífico que gravitaron hacia América comenzaron a desaparecer a lo largo del siglo XIX como consecuencia de la consolidación del proceso emancipador americano y el fin de la ruta del Galeón de Manila, ya que la independencia de las colonias americanas supuso la independencia conceptual del Pacífico en la mentalidad de los españoles decimonónicos. A mitad de dicha centuria los españoles asumieron la necesidad de aclimatar a su intelecto la nueva realidad del Pacífico y comenzaron a exaltar el papel de las islas dependientes de Manila frente a los territorios americanos como muestra de la popularización del concepto Oceanía hispana.

De este modo, las visiones sobre el Pacífico que generaron los ciudadanos españoles a comienzos de la contemporaneidad se caracterizaron por protagonizar un proceso de *feedback*, puesto que el mundo hispánico asumió los estereotipos que las grandes potencias generaron sobre el Pacífico (como indica el propio el uso del concepto Oceanía), pero también definió este océano con unas características propias acordes a la realidad internacional del momento y a sus intereses. Esa visión particular de España en determinadas ocasiones alcanzó tal fuerza que traspasó sus fronteras y participó en la idea transnacional que Europa forjó de la Oceanía a comienzos de la contemporaneidad, como lo indican los textos de Humboldt. Por consiguiente, podemos afirmar que el pensamiento europeo es clave en la conceptualización ibérica del Pacífico en los siglos XVIII y XIX, pero también que ese imaginario europeo no se podría comprender sin la participación hispánica.

Bibliografía

- ÁLVAREZ GUERRA, Juan (1887). *Viajes por Filipinas: De Manila a Marianas*. Madrid: Fortanet.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (2001). *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Santillana.
- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades Imaginadas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BARRANEDA, Francisco X. (1880). *Compendio de geografía de las islas Filipinas, Marianas y Joló*. Manila: Ramírez y Giraudier.
- BARROS, João y COUTO, Diogo de (1778-1788). *Da Asia de João Barros e de Diogo de Couto: Nova edição*. Lisboa: Regia Officina Typografica.
- BENTON, Lauren (2010). *A Search for Sovereignty: Law and Geography in European Empires*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BERNABÉU ALBERT, Salvador (1988). «Las expediciones hidrográficas». En: SELLÉS, Manuel; PESET, José Luis y LAFUENTE, Antonio (coords.). *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial, págs. 353-370.
- BERNABÉU ALBERT, Salvador y MARTÍNEZ SHAW, Carlos (eds.) (2013). *Un océano de seda y plata: el universo económico del Galeón de Manila*. Sevilla: CSIC.
- BLANCO, Alda (2012). *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*, Valencia: Universidad de Valencia, 2012.
- BLUMENTRIT, Fernando (1886) «España y la isla de Borneo». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, XX, págs. 129-148.
- BUSCHMANN, Rainer F. y GÓMEZ, José María (2015). «El anti-Pacífico: discursos y ensayos españoles en contra del “Nuevo Mundo” del siglo XVIII». En: BERNABÉU ALBERT, Salvador; MENA-GARCÍA, Carmen y LUQUE AZCONA, Emilio José (coords.). *Conocer el Pacífico: exploraciones, imágenes y formación de sociedades oceánicas*. Sevilla: Universidad de Sevilla, págs. 195-216.
- BUSCHMANN, Rainer F. (2014). *Iberian Vision of the Pacific Ocean, 1507-1899*. Basingtoke: Palgrave.
- BUZETA, Manuel y BRAVO, Felipe (1850). *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de las islas Filipinas*. Madrid: Imp. de José C. de la Peña.
- CELDRÁN RUANO, Julia (1994). *Instituciones hispanofilipinas del siglo XIX*. Madrid: Mapfre.
- COELLO, Francisco (1886). [Artículo sin título]. *Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, XX, págs. 198-202.
- COELLO, Alexandre (2013). «Colonialismo, resistencia e identidad chamorra en la misión post-jesuita de las islas Marianas (1769-1831)». *Estudios de Historia Novohispana*, México D.F., 49, págs. 83-117.
- COMYN, Tomás de (1820). *Estado de las Filipinas en 1810*. Madrid: Imprenta de Repulles.
- DA SILVA, Rego, A. (1978). «Relações diretas entre Macau e o Brasil, 1717-1910. Um sonho irrealizavel?». *Revista do Instituto Historico e Geografico Brasileiro*, Río de Janeiro, CCCIX, págs. 5-48.
- DAVID, Andrew et al. (2004). *The Malaspina Expedition, 1789-1794: Journal of the Voyage by Alejandro Malaspina*. Londres: Hakluyt Society, 3 vols.
- DUMONT D'URVILLE, Jules Sébastien César (1832). «Sur les îles du Grand Océan». *Bulletin de la Société de Géographié*, París, X-105, págs. 1-21.
- ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, María Dolores (1992). *España en el Pacífico: la colonia de las islas Carolinas, 1885-1889*. Madrid: CSIC – Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (1802). *Relación del viage hecho por las goletas Sutil y Mexicana en el año 1792 para reconocer el estrecho de Fuca*. Madrid: Imprenta Real.

- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (1825-1837). *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo xv*. Madrid: Imprenta Real, 5 vols.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (1848). *Colección de opúsculos*. Madrid: Viuda de Calero, Vol. I.
- FERREIRO, Martín (1888). «Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos leída en la Junta General e 13 de junio de 1888 por Don Martin Ferreiro». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, xxv, págs. 302-306.
- FRADERA, Josep Maria (2005). *Colonias para después de un Imperio*. Barcelona: Bellaterra.
- FRADERA, Josep Maria (2016). *La nación imperial (1750-1918)*. Barcelona: Edhasa.
- FROST, Alan (1988). «Science for Political Purposes: European Exploration of the Pacific Ocean, 1763-1804». En: MACLEOD, Roy y REHBOCK, Philip (coords.). *Nature in its Greatest Extent: Western Science in the Pacific*. Honolulu: University of Hawaii Press, págs. 27-44.
- FROST, Alan (1976). «The Pacific Ocean: The Eighteenth Century's "New World"». *Studies in Voltaire and the Eighteenth Century*, Oxford, cLII, págs. 779-822.
- GÓMEZ, Gualberto (1885). *Las islas Carolinas y Marianas*. Madrid: Librería de S. José.
- GONZÁLEZ, Francisco José y MARTIN-MERAS, Luisa (2003). *La Dirección de Trabajos Hidrográficos (1797-1908)*. Madrid: Lunwerk.
- GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, María Dolores (1990). «La expedición del Atlas de la América Septentrional (1792-1810)». *Revista de Indias*, Madrid, L (190), págs. 767-788.
- HILTON, Silvia (1987). «Apuntes sobre rivalidades internacionales y expediciones españolas en el Pacífico, 1763-1794». *Revista de Indias*, Madrid, XLVII (180), págs. 431-448.
- IGLER, David (2013). *The Great Ocean: Pacific Worlds from Captain Cook to the Gold Rush*. Oxford: Oxford University Press.
- JOVER ZAMORA, José María (1976). «Características de la Política Exterior de España en el siglo XIX». En JOVER ZAMORA, José María (coord.). *Política, diplomacia y humanismo popular: estudios sobre la vida española en el siglo XIX*. Madrid: Turner, págs. 85-98.
- MALO DE LUQUE, Eduardo (1788). *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones Europeas*. Madrid: Antonio de Sancha.
- MANZANO COSANO, David (2016). «Filipinas en la Historia del constitucionalismo español y su representación en las Cortes españolas». *Revista Española de Derecho Constitucional*, Madrid, CVI (36), págs. 273-302.
- MANZANO COSANO, David (2017). *Las Carolinas: las islas que alientan el Imperialismo español*. Sevilla: Ayuntamiento de Carmona.
- MANZANO COSANO, David y DELGADO SÁNCHEZ, R.J. (2015). «Música y patriotismo en el conflicto de las Carolinas». En: BERNABÉU, S. et al. (coords.). *Conocer el Pacífico: exploraciones, imágenes y formación de sociedades oceánicas*. Sevilla: Universidad de Sevilla, págs. 337-371.
- MARTÍN-MERAS, Luisa (2008). «La expedición hidrográfica de la América Septentrional, 1792-1805». *Journal of Latin American Geography*, Texas, VII, págs. 203-218.
- MATSUDA, Matt K. (2005). *Empire of love. Histories of France and the Pacific*. Oxford: Oxford University.
- MELLÉN BLANCO, Francisco (1999). «Un marino español jefe en las Palaos: Datos biográficos de D. Antonio María Triay y Montero». En: LUQUE TALAVÁN, Miguel (coord.). *1898: España y el Pacífico. Interpretación del pasado, realidad del presente*. Madrid: AEEP, págs. 505-509.

- PÉREZ LECHA, Manuel (2014). *Los últimos años del Galeón de Manila. El ocaso de un mundo colonial hispano en el Pacífico, 1785-1821*. Castellón: Universidad Jaime I. Tesis doctoral.
- PIMENTEL, Juan (1998). *La física de la monarquía: ciencia y política en el pensamiento colonial de Alejandro Malaspina (1754-1810)*. Aranjuez: Doce Calles.
- QUANCHI, Max y ROBSON, John (2005). *Historical Dictionary of the Discovery and Exploration of the Pacific islands*. Lanham, Md: Scarecrow Press.
- RIENZI, Domeny di (1814). *Océanie ou cinquième partie du monde comprenant l'archipel d'Asie, l'Australasie et la Polinésie (Ou continent de la Nouvelle-Hollande et les Îles du Gran Ocean)*. París: Desray-Goujon.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón (1999). *La Armada Española, la Campaña del Pacífico, 1862-1871. España frente a Chile y Perú*. Madrid: Aqualarga.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Luis Ángel (2003). *Un imperio en la vitrina: el colonialismo español en el Pacífico y la Exposición de Filipinas de 1887*. Madrid: CSIC.
- SCHURZ, William Lytle (1922). «The Spanish Lake». *Hispanic American Historical Review*, Durham (Carolina del Norte), v (2), págs. 181-194.
- SHAW, Leslie M. (1998). *The Anglo-Portuguese Alliance and the English Merchants in Portugal, 1654-1810*. Aldershot: Ashgate.
- SPATE, Oskar (1978). «The Pacific as an Artifact». En: GUNSON, Neil (coord.). *The changing Pacific: Essays in Honor of H.E. Maude*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 32-45.
- SPATE, Oskar (1979-1988). *The Pacific since Magellan*. Mineápolis: University of Minnesota Press, 3 vols.
- TOGORES SÁNCHEZ, Luis Eugenio (1992). *La acción exterior de España en Extremo Oriente (1830-1885)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- VARGAS PONCE, José de (1788). *Relación del último viage al estrecho de Magallanes de la fragata de S.M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los Anteriores desde su descubrimiento impresos y MSS. y noticia de los habitantes suelo, clima y producciones del Estrecho*. Madrid: Viuda de Ibarra.
- VICENTE, Nemesio y SÁNCHEZ TOCA, Pedro (1887-1888). «Canal de Panamá en 1886, D. Nemesio Vicente y teniente de navío primero D. Pedro Sánchez de Toca». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, xxxii, PÁGS. 281-403; xxxiii, págs. 105-106.

Fecha de recepción: 22 de marzo de 2018

Fecha de aceptación: 27 de julio de 2018

Fecha de publicación: 28 de junio de 2019